

El Calcetín Rojo

Martín levantó la cabeza demasiado rápido dándose un golpe con el borde de la mesa y asustando al gato tuerto que descansaba encima.

Llevaba una hora buscando aquel maldito calcetín para la poción, pero no lo encontraba. Estaba por tomar sus propios calcetines y echarlos a la olla, pero, para su pesar, las especificaciones habían sido claras: un calcetín rojo, deshilachado por la punta y que olía a pino. Resopló frustrado y le dio una patada al mueble donde ahora dormía el gato. El animal no se asustó, se limitó a bufar con desdén como si Martín fuera un ratón molesto.

—¡Estúpido gato! —murmuró —comes mejor que yo y no haces nada.

El gato pareció ofenderse pues le miró con sus grandes ojos amarillos y sacó los colmillos para después saltar y salir por la puerta. Martín volvió a resoplar y se dirigió arrastrando los pies hasta la cocina. La olla, con más años que su propio maestro, que ya era viejo de por sí, ardía al final de la pequeña habitación junto a la ventana, de vez en cuando una burbujas de colores flotaban momentáneamente y explotaban.

Se sentó en la mesa frustrado, si no encontraba aquel calcetín ya se podía ir desprendiendo de su vida como aprendiz de brujo. Hubiera seguido cavilando sobre sus posibilidades en la vida si una bola de pelo no hubiese comenzado a restregarse contra sus piernas.

—¡Gato tonto! Para, me estas llenando de pelos el...

El timbre de su voz se perdió al ver entre la boca del gato una tela roja. Su corazón dio un vuelco, pero no se permitió hacerse ilusiones. No era posible que aquel gato hubiese encontrado lo que él llevaba una hora buscando. Aún así miró al gato fijamente tratando de no espantarlo.

La bola de pelo le sostuvo la mirada hasta que con una arcada soltó el famoso calcetín rojo. Para desgracia de Martín, en el único par de zapatos que tenía.

—Ni darme un calcetín sabes, estúpido gato.

El gato, ofendido por sus insultos, le arrebató la prenda de ropa justo cuando Martín iba a cogerla. Se miraron durante unos segundos y el maulló victorioso con el calcetín de vuelta entre sus colmillos.

—Serás...

Tarde. El gato ya saltaba de mueble en mueble moviendo peligrosamente cualquier objeto que estuviese en su camino y Martín, en ansias de capturar al gato, terminaba de tirarlo todo. La carrera se extendió a la sala de estar, el pasillo e incluso la biblioteca, un lugar casi prohibido para Martín. La planta baja se sumió en el caos.

El gato resbaló con un vidrio perdido en el suelo y Martín por fin lo atrapó. Le arrancó el calcetín de la boca y lo levantó junto al gato victorioso. Victorioso antes de ver el desastre que habían hecho.

—Martín —la voz cantarina del maestro sonó desde la planta de arriba —, ¿ya has encontrado el calcetín?

—Aún no —esperaba que su voz sonara convincente porque estaba seguro de que si el maestro veía todo aquello lo echaría a patadas.

—Recuerda que solo tienes hasta el ocaso para encontrarlo, sino vuelves a casa.

Martín se sintió morir. No se acordaba del tiempo límite.

Miró al gato en sus brazos y después a la sala de estar. Libros y vidrios rotos por el suelo, arañazos en las cortinas y sillones volcados; no quería ni imaginar como estaba la cocina.

—Nos toca limpiar —dijo mirando al gato, pero este bufó deshaciéndose de su agarre y se acomodó en uno de los muchos cojines que había tirados por el suelo.

Martín asumió que le tocaba limpiar solo. Con el tiempo corriendo en su contra sacó su varita y se entregó a la laboriosa tarea. El gato observó y siguió los movimientos de Martín, de aquí y allá, ordenando y limpiando, escurriendo y reorganizando. Con la ayuda de su varita dejaba todo en su lugar sin una mota de polvo rondando el ambiente.

Apenas faltaba media hora para que el sol se pusiera en el horizonte y el único objeto fuera de lugar era la antigua olla. La poción se había caído y Martín iba a tener que rehacerla, porque si no, encontrar el calcetín no habría servido para nada.

Manos a la obra.

Perejil, pelo de caballo, jugo de amapola y muchas porquerías más que Martín había visto al brujo echar.

Dos minutos para el ocaso.

—¡Maestro! —Gritó Martín un poco más alto de lo que esperaba.

El brujo caminó con parsimonia hasta su pequeño estudiante y llamó a su gato con un silbido.

—Muy bien Martín, probemos la poción, supongo que habrá macerado el suficiente tiempo para que podamos añadirle el calcetín sin problemas —. La sonrisa de Martín desapareció de golpe y toda su piel se convirtió en ceniza, pero antes de poder evitar ser atrapado en su propia mentira, el brujo ya tenía una cucharada en la boca.

Contuvo la respiración mientras el anciano sorbía el mejunje púrpura.

—Está en su punto —el chico soltó todo el aire de golpe sintiéndose aliviado —, la verdad es que te ha quedado muy bien la pócima.

Espera, ¿qué?

—¿Usted lo sabía?

El brujo emitió una risilla ronca y dejó la cuchara en la olla.

—Envié a Houdini —, el gato que hasta ahora se había mantenido quieto se acercó a Martín y se rascó contra sus piernas —para que te montara todo este lío y ver como te desenvolvías.

La mandíbula del chico estaba al borde de desencajarse.

—Entonces, el calcetín...

—Era innecesario —volvió a reírse con más energía —. Me apetecía poner a prueba tu paciencia y tus dotes con las pócimas. Como sabes, un mago no se forma de la noche a la mañana, se requiere de tiempo y esfuerzo.

Martín ya no escuchaba al maestro, su mente intentaba averiguar cómo había acabado conviviendo con aquel loco.

—Ah y por cierto —dijo abriendo la puerta de la casa hacia el exterior —, se que has insultado a Houdini, por lo que durante un mes fregaras todos los utensilios que vayamos a utilizar. Sin magia.

La puerta se cerró de un portazo y Martín se quedó solo con su frustración. Maldito brujo chiflado.